

11 de junio de 2023
10° DOMINGO ORDINARIO CICLO A



LECTURAS

Oseas 6,3-11: Esforcémonos por conocer al Señor; Tan cierta como la aurora es su aparición y su juicio surge como la luz; bajará sobre nosotros como lluvia temprana, como lluvia de primavera que empapa la tierra. “¿Qué voy a hacer contigo, Efraín? ¿Qué voy a hacer contigo, Judá? El amor de ustedes es como nube mañanera, como rocío matinal que se evapora. Por eso los he azotado por medio de los profetas y les he dado muerte con mis palabras. Porque yo quiero amor y no sacrificios, conocimiento de Dios, más que holocaustos”.

Salmo 49: Habla el Dios de los dioses, el Señor, y convoca a cuantos moran en la tierra, del oriente al poniente: “No voy a reclamarte sacrificios, pues ante mí están siempre tus ofrendas. Si yo estuviera hambriento, nunca iría a decírtelo a ti, pues todo es mío. ¿O acaso yo como carne de toros y bebo sangre de cabritos? Mejor ofrece a Dios tu gratitud y cumple tus promesas al Altísimo, pues yo te libraré cuando me invoques y tú me darás gloria, agradecido”.

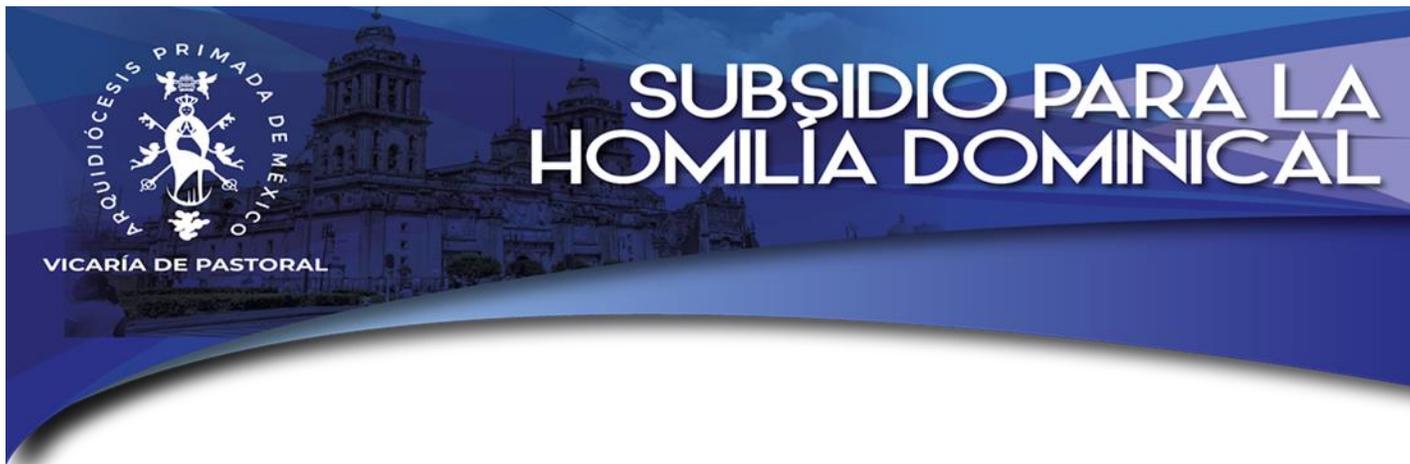
Romanos 4,18-25: Hermanos: Abraham, esperando contra toda esperanza, creyó que habría de ser padre de muchos pueblos, conforme a lo que Dios le había prometido: *Así de numerosa será tu descendencia*. Y su fe no se debilitó a pesar de que a la edad de casi 100 años, su cuerpo ya no tenía vigor, y además, Sara, no podía tener hijos. Ante la firme promesa de Dios no dudó ni tuvo desconfianza, antes bien su fe se fortaleció y dio con ello gloria a Dios, convencido de que él es poderoso para cumplir lo que promete.



Por eso, Dios le acreditó esa fe como justicia. Ahora bien, no solo por él está escrito que "se le acreditó", sino también por nosotros, a quienes se nos acreditará si creemos en aquel que resucitó de entre los muertos, en nuestro Señor Jesucristo, que fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación.

Mateo 9,9-13: Cuando se iba de allí, al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo, sentado en el despacho de impuestos, y le dice: «Sígueme.» Él se levantó y le siguió. Y sucedió que estando él a la mesa en casa de Mateo, vinieron muchos publicanos y pecadores, y estaban a la mesa con Jesús y sus discípulos. Al verlo los fariseos decían a los discípulos: «¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?» Mas él, al oírlo, dijo: «No necesitan médico los que están fuertes sino los que están mal. Id, pues, a aprender qué significa aquello de: Misericordia quiero, que no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores.»





LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

DEL RITUALISMO AL CONOCIMIENTO DE DIOS

Es indudable que en la naturaleza del hombre está inscrita la búsqueda permanente de un referente absoluto, sea como sea que este sea concebido. Inclusive, aquellos que conceptualmente niegan la existencia de un ser personal trascendente (que va más allá de los límites de la ciencia experimental superando todo conocimiento humano), articulan su búsqueda en cualquier realidad que dirige sus esfuerzos y se convierte así en opción fundamental que polariza su ética y su moral determinando su forma de estar y ser en el mundo.

A esta dimensión esencial del hombre en referencia a un absoluto le llamamos dimensión "religiosa". Ahora bien, en sentido estricto, lo religioso del hombre se manifiesta históricamente en una estructura llamada religión, formada por un conjunto de ritos, símbolos, liturgias, fórmulas lingüísticas, etc., y mediante la cual se pretende una relación personal con lo divino. El fenómeno de la religión no es en sí mismo ni bueno ni malo, simplemente es algo inherente a la dimensión religiosa del hombre.

Las lecturas que hoy día la Iglesia nos presenta para la reflexión, meditación y enriquecimiento de la vida espiritual, están estructuradas desde el binomio antitético "misericordia/amor – sacrificio". En la primera lectura, del profeta **Oseas**, el término "amor" hace referencia a lo dinámico, a lo existencial, a la vida en devenir que se va construyendo en el día a día y en relación indefectible con la justicia que se le debe al necesitado, mientras que "sacrificio" se presenta bajo el aspecto del rito anquilosado, muerto, intimista y desvinculado de la vida de fe.



Oseas predica en el reino del Norte (Israel) en una época de gran turbulencia y degradación de los valores religiosos y éticos de Israel lo cual se manifiesta socialmente en la explotación inmisericorde de los pobres por parte de los dirigentes (reyes y sacerdotes) al mismo tiempo que una piedad hipócrita caracteriza su vida religiosa. En el momento en que el rito expiatorio (sacrificio) deja de ser expresión de una vida de amor permanente que se ofrece al Señor en la asistencia y compromiso con los desgraciados del mundo, se hace abominable anti-signo, expresión blasfema que pretende agradar a Dios.

Oseas nos invita hoy a reflexionar sobre nuestro comportamiento religioso: ¿Comer del pan y beber del vino eucaristizados estando desvinculados de la comunión con la Iglesia y con los pobres, de una vida en alabanza, en adoración y misión? ¡Amor y no sacrificio es lo que Dios quiere de sus hijos!

¿Celebración de la Reconciliación sin el arrepentimiento y la convicción firme de no cometer los mismos pecados, y saliendo del confesionario volver a la mediocre vida de siempre? ¡Amor y no huecos ritos vacíos de sentido es la voluntad del Señor!

¿Unión sacramental en la Iglesia pero sin vida en la Iglesia, sin la decisión irreversible de amar hasta la locura de la entrega de la vida sin esperar nada a cambio? ¡Amor y no sacrificio es el camino del conocimiento de Dios!

Es muy interesante el paralelismo que utiliza Oseas en el texto proclamado: Por un lado está el binomio "amor-sacrificio" y por otro lado el binomio "conocimiento de Dios-holocausto", de lo que resulta que amar es conocimiento de Dios y hacer sacrificio es simplemente el acto sin sentido de hacer arder un animal. Amar es conocer a Dios, es vivir, es entrar en el torrente de vida definitiva que nunca perece, es como recibir la lluvia de primavera en el terreno quemado por el crudo invierno, es como recibir la luz que destruye la oscuridad y permite ver la realidad de lo aparente. No nos engañemos, solo el que ama (con el significado que el amor tiene en la revelación dada por Dios en su Hijo) puede conocer a Dios, es decir, entablar una auténtica relación con la fuente de la vida imperecedera y plena de sentido. Los ritos tienen un valor siempre relativo; cuando son expresiones de una auténtica fe se pueden convertir en medios, vías de comunicación seguras con el Absoluto. De otra manera son magia, idolatría, salida fácil para evitar el desgarrador compromiso que el creyente tiene de cara al mundo.

La Carta a los Romanos nos permite recuperar el sentido auténtico de la fe y del sacrificio fontal de Jesucristo. La fe abrahámica, que es figura de la fe del cristiano, consiste en tres actitudes básicas; Esperanza, perseverancia, y confianza.

La esperanza es la clave primordial de la vida cristiana, sin ella como cimiento es imposible edificar la estructura de la espiritualidad. Esperar no quiere decir ilusión utópica, espera irresponsable de que las cosas van a cambiar por sí mismas o por una



intervención cuasi-mágica de Dios. La esperanza cristiana como virtud teologal es lucha incansable por construir un mundo más humano y por ello más acorde con los valores evangélicos teniendo la mirada fija en un futuro garantizado por Dios. Más aún, ese futuro, por la encarnación, muerte y resurrección del Hijo ya se degusta en el tiempo presente aunque de modo precario y como escondido entre sombras, pero, finalmente, real y operante. Pero esa realidad y eficacia del Reino escatológico anticipado en la caducidad de la historia solo puede ser descubierto y vivido por la esperanza, que permite “esperar contra toda esperanza...” como dice la carta a los Romanos.

Sin embargo, una vez descubierta la mano de Dios que teje la historia de la salvación en la urdimbre de la historia profana se hace necesaria una actitud que exige la voluntad humana: La perseverancia en la fe. ¿Qué puede lograrse en la vida sin perseverancia? ¿Cómo lograr las metas sin el esfuerzo cotidiano a través del tiempo? Pues esta realidad antropológica también se vive en la fe. Es más o menos sencillo después de una fuerte experiencia puntual de Dios, en un retiro, una plática, un encuentro con alguna persona carismática que nos entusiasma, etc., desplegar banderas y lanzarse bravíamente a navegar por las turbulentas aguas del Evangelio, lo difícil es sostenerse en la lucha cotidiana y desgastante del amor que se entrega a pesar del rechazo y la traición, devolver con un bien todo mal recibido, orar por los que persiguen, perdonar permanentemente e inclusive al mismo individuo ofensor y lo que es el colmo la misma ofensa, son todas aporías que no se resuelven sino desde y en la luminosa oscuridad de la fe que persevera.

Pero ¿Cómo se puede esperar y perseverar sin confiar en aquel que ha hecho las promesas? Por definición el cristiano es uno que espera perseverantemente las promesas que Dios ha hecho en Jesucristo pues si bien es cierto que en él se han cumplido las promesas hechas a Israel y a la humanidad entera, la plenitud de dichas promesas todavía está por consumarse. Hoy por hoy, el Reino no se ha manifestado en toda su plenitud y la muerte y el sufrimiento campean a sus anchas por el mundo. La promesa sigue vigente y el cristiano tiene que confiar en que el amor triunfará finalmente, en que el universo entero se cristificará y será entregado en las manos del Padre. El homo-visor ya resucitado en Cristo, espera pacientemente, perseverando en el amor y confiando en que la victoria está asegurada y llegará el triunfo final de Cristo.

Todo esto se resume en la actitud de Mateo ante la llamada de Jesús: “Sígueme”. Una sola palabra, tan simple, tan sencilla y a la vez tan cargada de salvación. Un “sígueme” que encierra una promesa, pero esa promesa encierra el misterio de la vida, esa promesa contiene la esencia del discípulo: ¡Ser eternamente caminante, seguidor de aquel que es El Camino, La Verdad y La Vida! Por eso, la promesa apenas insinuada en la llamada contiene todas las promesas que Dios ha susurrado al oído de sus amados hijos, en el levantarse y seguirlo se juega la vida en plenitud y la consecución de todos los anhelos, de todos los sueños y esperanzas anidados en el inconsciente colectivo de la humanidad.



Jesús (o Mateo, como quiera que sea) al citar el texto de Oseas, cambia la palabra "amor" por la palabra "misericordia" y esto no es cuestión de mera casualidad o equivocación del escritor bíblico. Es que quizás de todas las palabras que pueden acercarnos al misterio del amor que Cristo ha venido a revelarnos, "misericordia" es la que mejor lo define. Misericordia es el apego del corazón a las miserias del otro, o dicho de otra manera, el amor se ejerce en su más perfecta y excelsa forma en la miseria del otro. Por eso Jesús afirma que ha venido por las ovejas perdidas de la casa de Israel, por aquellos que están mal, los pecadores que no atinan a encontrar la meta absoluta de su existencia. Pues también los discípulos están llamados a amar de esa forma y a esos hombres, despreciados por la sociedad y las rectas conciencias de los fariseos de todos los tiempos, atreviéndose a meterse hasta el fondo en el fango de la miseria para desde allí rescatar a los hombres y ganarlos para el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

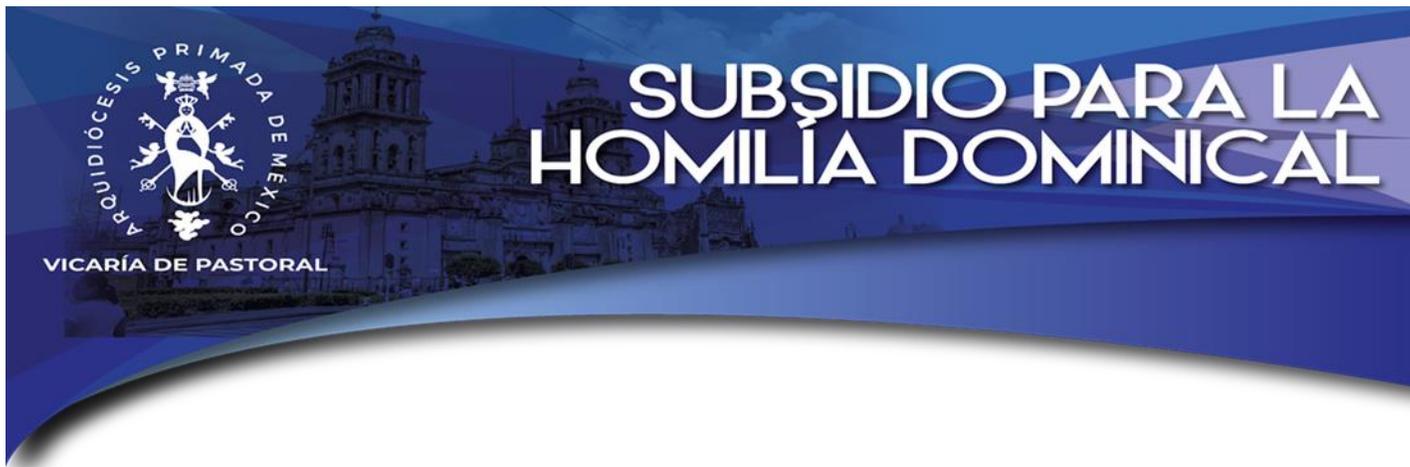




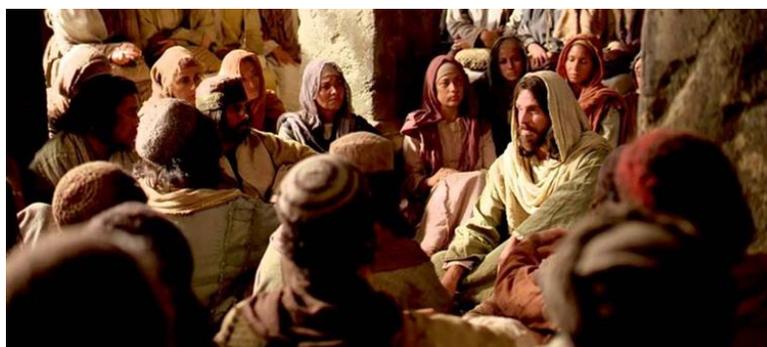
SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- Jesús nos llama, de manera individual, porque nos ama, porque quiere que seamos personas libres y en desarrollo. Pero eso implica dejar atrás nuestra "mesa de impuestos", todo aquello que nos ata; ideas, cosas, actitudes, formas erróneas de ver la vida y a los demás.
- ¿Qué realidades te impiden hoy escuchar la voz de Jesús y seguirlo?
- ¿Qué piensas que puedes hacer para ir erradicando todo aquello que te impide levantarte de la mesa y seguirlo?
- Jesús invita a su mesa a los que eran más despreciados por la sociedad de su tiempo, los que eran considerados "gentuza" despreciable. ¿Te atreverás a invitar a esos a tu mesa? Puede ser a tu vecina a la que nadie aguanta por chismosa, al señor que recoge la basura en tu colonia, etc.
- Elige una persona que, a tu juicio, sea indeseable y decide realizar con ella una acción misericordiosa, que le haga sentirse aceptada a pesar de sus defectos.



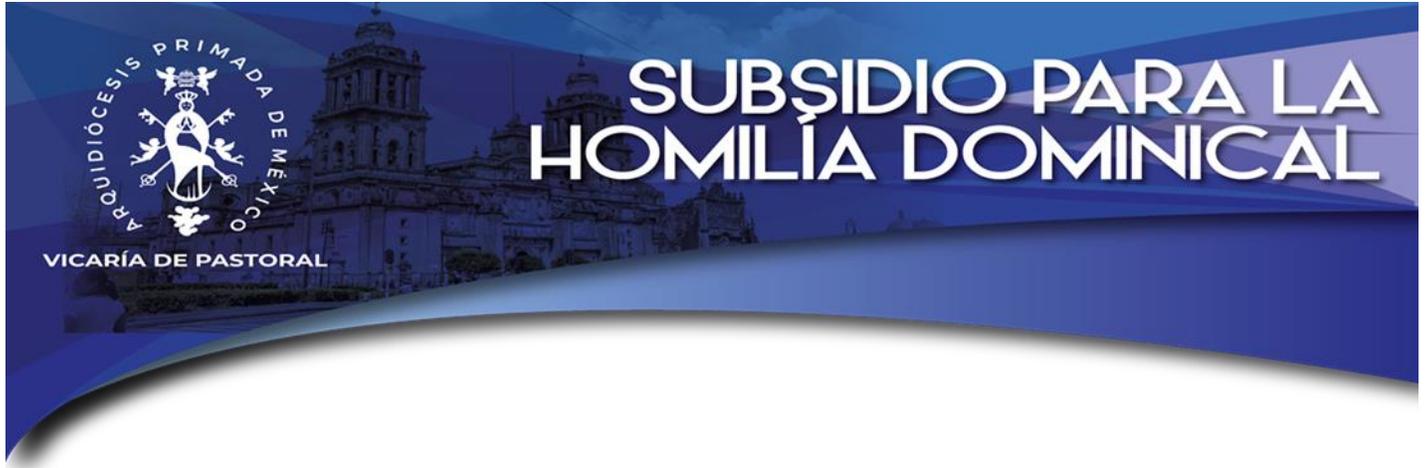


CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



**Te invitamos a orar con este bello canto:
"Misericordia quiero, no sacrificios" (grupo
AXXIS). Solo debes escanear el código.**





LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



El Papa Francisco explica que es la Misericordia.





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

¿Qué hay en el corazón de Dios?

Dios es amor, Dios es misericordia y quiere misericordia. La prueba de amor más grande que se puede dar a otra persona es dar la propia vida por aquella. Podemos considerar que esto es un sacrificio. En la cultura judía, era muy normal sacrificar animales para pedirle perdón a Dios por los pecados del pueblo y para alabar a Dios. Así un sacrificio significaría "hacer una vida santa", ya que la vida del animal era consagrada a Dios para pedir ese favor, sin embargo, estos sacrificios eran inútiles si los hacían por puro ritualismo y no había un verdadero arrepentimiento de corazón.

Cristo en la cruz hizo el "Gran Sacrificio" definitivo de amor, que se renueva cada día en la Eucaristía. Este sacrificio en sí mismo es el más valioso que tenemos en la tierra, sin embargo, el hombre puede caer en la misma actitud judía que presenciar ese sacrificio y no haber cambio en el corazón.

La fe de Abraham, en la primera lectura, era una fe fuerte y estable en Aquel que cumple sus promesas. Una fe que pone en movimiento, que mueve nuestra vida y que se mueve más allá de los límites humanos. La Palabra de Dios llegó a Abraham y le motivó a seguirlo, esa misma voz en la persona de Jesucristo llamó a Mateo.

Mateo era un publicano. Esto suponía que era alguien vendido al gobierno romano, alguien que había traicionado su patria. Él cobraba impuestos injustos a sus hermanos judíos. Él era culpable de muchos actos de corrupción e injusticia, sin embargo, Jesús vio más allá de sus pecados. Con su corazón misericordioso vio a un hombre sediento de amor. El corazón de Dios está lleno de compasión, misericordia y amor, y es ese corazón que nos conquista para seguirle y amar profundamente.





ECOS DE LA PALABRA

DESDE LA DIMENSIÓN DE ADULTOS Y FAMILIA

Querido adulto mayor: en el libro de Oseas el Señor nos llama a esforzarnos por conocerlo. Su presencia es tan segura como el amanecer y su juicio brilla como la luz del día. Él desciende sobre nosotros como una lluvia temprana, empapando la tierra sedienta en primavera. Sin embargo, a veces nuestro amor es fugaz, como un suspiro.

El Señor nos ha corregido y amonestado a través de los profetas porque Él anhela nuestro amor más que nuestros sacrificios. Su deseo es que lo conozcamos verdaderamente, que cultivemos una relación íntima con Él. Entonces, ¿qué haremos, querido adulto mayor? Reflexionemos sobre cómo podemos crecer en nuestro amor y conocimiento de Dios, siendo ejemplos vivos de su amor en nuestra comunidad.

En el Salmo 49, el Señor nos invita a ofrecerle nuestra gratitud y a cumplir nuestras promesas. Él no necesita nuestros sacrificios materiales, porque todo le pertenece. No busca nuestra comida ni nuestras ofrendas, sino nuestro corazón y nuestra entrega sincera. Cuando lo invoquemos nos libraré y nos dará motivo para glorificarlo con gratitud.

Queridos adultos mayores: ustedes son pilares de nuestra comunidad. Sus experiencias, sabiduría y fe enriquecen nuestras vidas. Permítanme recordarles que su papel es fundamental en transmitir la fe a las generaciones más jóvenes, en ser ejemplos vivos de amor, gratitud y fidelidad a Dios. Sigamos esforzándonos por conocer al Señor y compartamos su amor con aquellos que nos rodean.



En la carta de San Pablo a los Romanos se nos habla de la fe inquebrantable de Abraham. A pesar de las circunstancias aparentemente imposibles, él confió en la promesa de Dios y su fe se fortaleció. Dios reconoció esta fe como justicia y la acreditó a Abraham.

Del mismo modo, queridos padres, se nos llama a tener fe en aquel que resucitó de entre los muertos, nuestro Señor Jesucristo. Él se entregó a sí mismo por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. Nuestra fe en él también nos será acreditada si creemos en su poder y promesas.

Como padres y madres católicos, tenemos la responsabilidad sagrada de transmitir la fe a nuestros hijos. No solo a través de palabras, sino también a través de acciones y ejemplos diarios. Seamos testigos vivos del amor y la misericordia de Dios en nuestras vidas familiares. Enseñémosles el significado de la misericordia y el amor incondicional de Dios, tal como Jesús comió con publicanos y pecadores.

A los padres y madres, en un mundo lleno de distracciones y desafíos, los animamos a fortalecer su fe y confiar en el poder de Dios. Que su hogar sea un lugar donde se respire amor, oración y servicio. Que sus hijos vean en ustedes la verdadera imagen de Dios y sean atraídos por su amor.

